

BS 2555
4
E 8
V. 3

EL
EVANGELIO MEDITADO.

MEDITACION CXXXIX.

DE LA TRANSFIGURACION DE JESUCRISTO.

(Matth. xvii, 1-8; Marc. ix, 1-7; Luc. ix, 28-36).

Consideremos aquí : 1.º á Jesucristo ; 2.º á Moisés y Elías ; 3.º á los Apóstoles ; 4.º las palabras de Dios que se dejaron oír.

PUNTO I.

De Jesucristo.

Lo 1.º *Las disposiciones que preceden para la transfiguracion...*
« Y seis dias despues tomó Jesús consigo á Pedro , á Jacobo y á Juan
« su hermano , y los llevó separadamente sobre un alto monte para
« orar... »

Jesús eligió solamente tres de sus Apóstoles para que fuesen testigos de su transfiguracion... Las visiones y las revelaciones no se han concedido á todos los Santos ; sino solamente á algunas almas privilegiadas, segun el gusto y el querer del Señor... Alegrémonos con estos santos Apóstoles de que el Señor los haya elegido para manifestarles su gloria ; pero guardémonos de desear nosotros semejantes favores, antes juzguémonos verdaderamente indignos de ellos : pidamos solamente por medio de su intercesion la gracia de aprovecharnos de las maravillas que ellos han visto , y de estar como ellos penetrados de las grandezas de Jesucristo y del esplendor de su gloria.

2.º *Jesús los conduce sobre un alto monte que la tradicion ha llamado siempre Tabor...* Si, como algunos han pretendido, no habia montaña alguna de este nombre en los contornos de Cesarea, hácia el nacimiento del Jordan, en donde Jesucristo habia hecho la precedente instruccion, se podría presumir que los seis dias pasados completamente, ó cerca de ocho, despues de la instruccion, eran un

tiempo mas que suficiente para poder ir el Salvador al Tabor, montaña situada sobre los confines de Galilea y de la Samaria. Sea esto como se fuese, Jesucristo obró la mayor parte de sus grandes misterios sobre las montañas para mostrar la elevacion del corazon sobre las cosas terrenas, sin lo que no podemos meditar útilmente ni gustar estos mismos misterios y sacar provecho de ellos.

3.º *Jesús se puso en oracion, y en la oracion misma le confirió Dios su Padre el honor y la gloria, y dió testimonio de su suprema autoridad.* Cuando se apartó de este modo, segun su costumbre, para orar, era sin duda la tarde, y parece que este magnífico portento haya sucedido de noche... Jesús se nos manifiesta á nosotros solo en el silencio y en la oracion. Si fuésemos fieles á este santo ejercicio, ¡cuántas luces no adquiriríamos sobre las grandezas de Jesús y sobre la necesidad de obedecerle!

Lo 2.º *¿En qué manera se transfiguró Jesús?... «Y mientras estaba en oracion... en su presencia se transfiguró... el aire de su rostro apareció del todo diverso... su rostro era luminoso como el sol... y sus vestidos se hicieron resplandecientes y en extremo blancos como la nieve, de suerte que ningun tintorero sobre la tierra los puede hacer tan blancos...»*

1.º *Del resplandor de su rostro...* Su rostro parecia otro del todo diverso, y que nada tenia de terreno. Apareció todo lleno de rayos de gloria y resplandeciente como el sol. La luz divina que salia de él esparcia bien léjos rayos brillantes, cuyo esplendor igualmente vivo y lleno de dulzura encantaba los ojos sin deslumbrarlos. ¡Oh agradable espectáculo! ¡Felices los ojos que os vieron, ó Señor, en vuestra gloria! Desapareced, pues, ó bellezas terrenas; ¿qué cosa sois vosotras todas con todas vuestras pompas y con todos vuestros artificios? ¿Qué sois vosotras? Lodo, ceniza, polvo, en comparacion de Jesús mi Salvador. Ó corazon mio, si el resplandor y la belleza tienen para tí tanto aliciente, únete á Jesús, ama únicamente á Jesús, que es el resplandor de Dios y la imagen de su sustancia. Tal y mil veces mas brillante aun lo verás en el dia en que juzgará el universo, y cuando lo poseerás en la bienaventurada mansion de la eternidad.

2.º *Del resplandor de sus vestidos...* Sus vestidos aparecieron resplandecientes y de una blancura igual á la de la nieve: este enlace de luz y de blancura encantaba, sin duda, los ojos, y formaba el color mas admirable. No, no hay arte sobre la tierra que pueda igualar su gracia, su esplendor y su belleza... En vano el lujo se con-

sume en gastos y en buscar invenciones para deslumbrar nuestros ojos y sorprender nuestros corazones. Una y junte cuanto el arte y la naturaleza puedan suministrarle: á los colores mas brillantes una las riquezas del oro y el resplandor de las piedras. ¿Qué cosa es todo esto sino un monton de materia grosera y corruptible, una composicion frívola y pueril que antes sirve para corromper el corazon que en esto se complace y que lo admira?

3.º *Gloria de su alma...* Todo este resplandor exterior y bizarro de que Jesucristo fue rodeado no era otra cosa que una ligera emanacion de la gloria celestial de que gozaba su alma bienaventurada, admitida á la vision intuitiva de Dios desde el primer momento de su creacion y de su union sustancial con el Verbo... No es así el esplendor que se procuran los hombres. ¡Oh cuánta negrura y vergüenza esconde muchas veces! ¡Oh y cuán horrible es á las veces el alma en un cuerpo dotado de todas las cualidades exteriores, y decorado de un hábito resplandeciente! ¡Y cuán insensato es aquel que fija sus ojos sobre este vano esplendor, y apega á él su corazon! Pero ¡feliz aquel que se llega á Vos, oh Jesús! Vuestra gloria no es extraña ni la habeis tomado prestada: ella es propia vuestra, es natural; la teneis escondida durante vuestra demora en la tierra para podernos instruir y morir por nosotros; la habeis mostrado una vez para sostener nuestro ánimo y animar nuestra esperanza: Vos os escondeis tambien en vuestro Sacramento para ser nuestra comida; pero os manifestaréis todo entero en vuestro reino para ser nuestra bienaventuranza. ¡Oh cuántos motivos para amaros! ¡Oh corazon mio, despréndete, pues, para siempre de la tierra, para amar solo á Jesús, para esperar solo en él, y para suspirar únicamente por él!

PUNTO II.

De Moisés y Elías.

1.º *De su aparicion...* «Y hé aquí que dos hombres hablaban con él; y estos eran Moisés y Elías...» Moisés, el legislador de los judíos, y Elías, el padre de los Profetas, vienen á rendir homenaje, y al mismo tiempo á dar testimonio al que es el fin de la ley y de los Profetas, al que hace suceder la verdad á las sombras y á las figuras de la ley, y los sucesos á las promesas y á las predicciones de los Profetas... Todas las cosas te adoren, ó Jesús, todas te rindan homenaje. Vos sois el fin de todas las cosas, y todas se refieren á Vos: Prometido desde el principio del mundo, anunciado hasta el

tiempo de vuestra venida, predicado en todo lugar despues de vuestra vuelta al cielo, Vos sois el autor y el consumidor de la fe de todos los siglos.

2.º *De su gloria...* «Los cuales aparecieron con gloria...» Estos, revestidos del esplendor de Jesucristo y con aquel aire de grandeza y aquel venerable aspecto que los hacia ser respetados cuando vivian sobre la tierra, y por los que son aquí conocidos de los Apóstoles. Quanto mas nos acercamos á Jesucristo con la meditacion de sus misterios y con la imitacion de sus virtudes, tanto mas participamos de su gloria.

3.º *Sus discursos...* «Discurrían de su partida¹, la que estaba para «seguirse en Jerusalem...» Discurrían con Jesús, ¿y de qué hablaban estos en este estado glorioso? De la muerte que debia sufrir en Jerusalem, y por la que debia cumplir la voluntad de su Padre, la salvacion de los hombres, las figuras de la ley y los oráculos de los Profetas, sin dispensarle ni ahorrarle circunstancia alguna, ó de ignominia, ó de crueldad. ¡Oh Jesús! ¿es este acaso un argumento que pueda agradaros, y de que estimeis discurrir con vuestros amigos, aun en medio de vuestra gloria? ¡Ah! lo comprendo, ó Salvador mio! Hablaros de vuestra muerte es hablaros de vuestro amor; ¿y por qué yo ingrato no os hablo incesantemente de ella? ¿Yo que he sido el objeto de este grande amor y recojo todos sus frutos?... ¿Por qué, cuando asisto al sacrificio que me recuerda esta muerte, no estoy del todo penetrado de ella, ocupado en ella, é inflamado todo por ella? ¡Oh muerte! ¡oh pasion! ¡oh exceso de amor! ¿no os pagaré yo jamás sino con un exceso de ingratitud?

PUNTO III.

De los Apóstoles.

1.º *De su sueño...* «Mas Pedro y los que se hallaban con él estaban agravados del sueño...» Luego que habiendo llegado á la montaña comenzó Jesús á ponerse en oracion, se pusieron tambien con él sus tres confidentes; pero bien presto cansados de las fatigas se dejaron sorprender del sueño que les impidió ver el principio de la transfiguracion, y les hizo perder una parte de aquel magnifico espectáculo; pero Jesús excusó su flaqueza, y no permitió que fue-

¹ La muerte, no menos entre los griegos que entre los latinos, se significaba con el nombre de *partida*, ó de *salida*. Con esta manera de hablar prueba Tertuliano la inmortalidad del alma humana.

sen enteramente privados de él... ¡Ay de mí! ¡cuántas gracias y cuántas luces, de que otros mas feryorosos que nosotros tienen la dicha de gozar, nos hace perder á nosotros el sueño! Si es un sueño de flaqueza y debilidad, ó de cansancio, bien quiere Jesús perdonárnoslo; pero si es un sueño de pereza, de pusilanimidad, de tibieza, de disgusto, de olvido de Dios, de fastidio que nos causa su servicio, no debemos maravillarnos si no somos iluminados en las verdades de la salvacion y en los misterios de Jesucristo; si no tenemos de ellos algun sentimiento ni algun gusto. Despertemos, pues, de un tan funesto sueño: volvamos á emprender el ejercicio del recogimiento y de la oracion, y serémos iluminados.

2.º *Despiertan los Apóstoles...* «Y despertándose, vieron la majestad de él y á los dos hombres que estaban con él...» ¡Cuál fue, pues, su sorpresa! ¡Oh de qué sentimientos de espanto, de júbilo y de admiracion fueron agitados cuando vieron la gloria y la majestad del Salvador en medio de aquellos dos venerables personajes que estaban con él! ¡Cuál será nuestra sorpresa al salir del sueño de esta vida! ¡Cuál será el terror y la desesperacion de un pecador cuando sentirá el peso de aquella majestad que habrá ultrajado, y de aquel poder que habrá despreciado!... ¡Cuál será el júbilo y la admiracion del justo cuando verá la gloria de su Salvador, que habrá adorado, amado y servido, y quiere hacerle participante de la misma gloria!... ¡Cuál será la sorpresa de todas las criaturas, al general, despertarse en el dia de la resurreccion universal, cuando verán á Jesús con el esplendor de los Santos venir en la majestad de Juez supremo para decidir de su eterna suerte! ¡Oh Jesús! antes de aquel terrible dia despertad mi alma de su sueño, para que os conozca, os sirva y os ame.

3.º *De las palabras de san Pedro...* «Y tomando Pedro la palabra, dijo á Jesús: Señor, bueno es que nos estemos aquí: si quierres hagamos aquí tres tabernáculos; uno para tí, uno para Moisés, y uno para Elías... Porque no sabia lo que se decia; porque «estaban aturdidos por el miedo...» Despues de haber contemplado los Apóstoles á su gusto el esplendor y la majestad de su divino Maestro, y despues de haber oido su discurso con Moisés y Elías, comprendieron que estos estaban al punto de separarse de él. Entonces Pedro, siempre impetuoso cuando se trataba de la gloria de Jesucristo, exclamó: Señor, serémos ciertamente dichosos si nos permitis estar aquí con Vos. Consentid que levantemos en este lugar tres tabernáculos: uno será para Vos, el segundo para Moisés,

y el tercero para Elías... Pero Pedro, como también sus compañeros, agitado de varios movimientos de sorpresa, de temor, de admiración y de júbilo, todo de un golpe, lleno de espanto, deslumbrado y encantado de la grandeza y de la novedad del espectáculo, no era señor de sí mismo, y no sabía lo que se decía... La tierra no es el lugar de los gozos: si tal vez nos hace Dios sentir la dulzura de su presencia, es un favor pasajero que no se nos concede sino para animarnos á trabajar y á sufrir por él.

PUNTO IV.

De la voz de Dios.

«Y estando él aun hablando, hé aquí que una nube resplandeciente los cubrió; y hé aquí una voz de la nube que dice: Este es mi Hijo amado, en el cual yo me he complacido mucho: escuchadlo á él. Y oído esto, los discípulos cayeron boca abajo, y tuvieron gran temor...»

1.º *Del temor que causó á los Apóstoles esta voz...* Apenas habia hecho Pedro su petición, se presentó á sus ojos un nuevo espectáculo. Una nube resplandeciente apareció sobre sus cabezas, y arrebató por algun tiempo sus ojos y su admiración. Esta nube luminosa se bajó lentamente hácia la tierra, y envolviendo á Jesús con ellos, como bajo de un brillante pabellon, se hallaron revestidos de ella. Á esta vista creció el temor de los Apóstoles, y lo que le puso el colmo fue una voz celestial y majestuosa, que saliendo de la nube, se dejó oír distintamente á sus oídos. Cediendo ellos entonces al temor que los habia sobrecogido, cayeron con el rostro á tierra, no sabiendo qué cosa seria de ellos. ¡Ah, Señor! si vuestra voz es tan terrible á vuestros amigos que quiere instruir, ¿qué cosa será á vuestros enemigos cuando vendrá á condenarlos?

2.º *De las palabras que profirió esta voz...* Hé aquí las palabras de Dios mismo, salidas del seno de su gloria, y enderezadas á todos los hombres, dándoles á Jesucristo por maestro... «Este es mi Hijo amado, en el cual yo me he complacido...» en el cual he colocado todo mi afecto, en el cual hallo todas mis delicias; escuchadlo á él... con aquella sumision y docilidad que tiene derecho á esperar de vosotros el Maestro que yo doy al universo... En este oráculo tenemos nosotros una instrucción y un precepto; una instrucción que nos enseña que á los ojos de Dios ninguna cosa es grande, ni buena, ni estimable, ni digna de su atención, de su aprobación y de

su amor fuera de Jesucristo, fuera de lo que está unido á Jesucristo, que se hace por Jesucristo, y por medio de su espíritu y de su gracia: que todo aquello que está fuera de Jesucristo, todo aquello que se llama grandeza y gloria mundana, sea de la especie que se fuese, es nada delante de Dios: que de todo esto no se hablará en toda la eternidad, no siendo otra cosa por lo comun que pecado y abominación á sus ojos. ¿Regulamos nosotros nuestra estima por esta instrucción?... En este oráculo tenemos también un precepto por el que se nos manda escuchar á Jesucristo, creer su doctrina, practicar su ley, imitar sus ejemplos, adquirir su espíritu y seguir sus máximas... Ahora pues, ¿es Jesucristo á quien nosotros escuchamos? ¿No es por ventura el demonio, el mundo, nosotros mismos, nuestro capricho, nuestras pasiones? ¿Escuchamos nosotros á Jesucristo, cuando nos dice que renunciemos á aquel pecado, que rompamos aquel hábito, que resistamos á aquella pasión, que sofoquemos aquel movimiento de nuestro corazón, que reprimamos nuestros sentidos, que contengamos nuestra vista, que refrenemos nuestra lengua? ¿cuando nos dice que huyamos la discipación, que estemos en el recogimiento, que atendamos á la oración, á la lección de los Libros santos, á la meditación? ¿ó no sofoquemos acaso su voz, ó nos tapamos las orejas para no oirla? ¿Y quién sabe si acaso le resistimos también abiertamente cuando la oímos? Y si es así, ¿cómo nos atreveremos á presentarnos delante de Dios ultrajado? ¿Cómo seremos acogidos de él?

3.º *Del fin que tuvo este espectáculo...* «Pero Jesús se acercó, y los tocó, y les dijo: Alzaos, y no temais. Y alzando sus ojos... mirando al rededor, no vieron ya á ninguno, sino solamente á Jesús...» Luego que cesó la voz, se acabó todo el espectáculo; la nube se disipó, desaparecieron Moisés y Elías, y Jesús volvió á tomar su forma ordinaria: en tanto los Apóstoles se estaban siempre postrados en tierra no atreviéndose á levantar los ojos. Pero el divino Maestro se acercó con bondad á ellos, «les tocó, y les dijo: Levantaos, y «no temais...» Confortados con la palabra del Salvador, se alzaron, y habiendo mirado á todas partes, no vieron ya con ellos, sino solo á Jesús, restituido á su estado ordinario... Afortunado el que oye decir á Jesús: «Álzate, no temas...» Afortunado el que está con Jesús, y el que en todas las cosas y en todos los lugares no ve otra cosa que Jesús, y obra solamente por Jesús.

Petición y coloquio.

Ó Jesús, Vos sois mi único maestro. ¡Y qué suerte mas feliz para mí que ser vuestro discípulo! Haced que escuche con docilidad á Vos y á la Iglesia, por medio de la cual Vos me habláis. Haced que jamás escuche voces opuestas á la verdad, que con certeza crea todo lo que me habeis enseñado, y que lo practique todo segun Vos me lo mandais. Haced que viva en continua expectacion de aquel dia en que reformaréis este vil cuerpo mio para hacerlo semejante á vuestro cuerpo glorioso, y para hacerme participante de la felicidad de que nos haceis ver la muestra en vuestra gloriosa transfiguracion. Amen.

MEDITACION CXL.

DISCURSO DE JESUCRISTO CON SUS TRES APÓSTOLES AL BAJAR DEL TABOR.

(Math. xvii, 9-13; Marc. ix, 8-12; Luc. ix, 36).

Observemos: 1.º la prohibicion que Jesucristo hace á sus Apóstoles; 2.º la pregunta que los Apóstoles le hacen á Jesucristo; 3.º la respuesta que les da el divino Salvador.

PUNTO I.

De la prohibicion que Jesucristo hace á sus Apóstoles.

«Y bajando ellos del monte, les mandó Jesús, diciendo: No digais á alguno lo que habeis visto, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos...»

1.º *Razon de esta prohibicion...* Es probable que Jesucristo haya hecho esta prohibicion para no exponer la verdad de un tan grande portentoso á la incredulidad, á las dudas y á la crítica, principalmente en coyunturas, en que la malignidad de los judíos lo convertia todo en veneno, y en que los Apóstoles mismos, todavía groseros é imperfectos, no gustaban las cosas de Dios; sabiendo bien el divino Maestro que, volviendo él á la morada de su gloria, y comunicado su espíritu á sus discípulos, y esparcida sobre ellos la plenitud de sus luces, su testimonio no admitiria ya dificultad alguna, y seria convincente.

2.º *Obediencia de los Apóstoles á esta prohibicion...* «Y ellos callaron, y no dijeron en aquellos dias á ninguno nada de las cosas que habian visto...» Los Apóstoles observaron el secreto sobre

cuanto habian visto por todo el tiempo en que se les habia prohibido hablar. Para observarlo no tuvieron acaso que hacerse mucha violencia: los acontecimientos extraordinarios que se sucedian los unos á los otros, las dificultades, las cuestiones, la perturbacion misma que entre ellos se excitaban de la mayor parte de los discursos de Jesucristo, los ocupaban de tal manera, que parecia que se hubiesen ellos mismos olvidado del grande espectáculo que se les habia mandado tener en secreto. Pero se acordaron despues de la resurreccion: y ¡oh con qué efusion de corazon hablaban entonces!... «Y hemos visto (*dice san Juan desde el principio de su Evangelio*) su gloria; gloria como del Unigénito del Padre¹...» Y san Pedro en su segunda carta exclama²: «No por haber dado nosotros crédito á fábulas sutiles (como son las de los gentiles, y tambien «muchas de los hebreos) os hemos expuesto la virtud y la venida «del Señor nuestro Jesucristo, sino por haber sido testigos de vista «de la grandeza de él. Porque recibió él el honor y la gloria de Dios «Padre, habiendo bajado á él de la majestuosa gloria aquella voz: «Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido, escuchadlo: «y esta voz proveniente del cielo la oimos nosotros, mientras estábamos con él sobre el monte santo...» ¡Oh alma mia, hé aquí, pues, el Dios á quien tú sirves, en quien crees y en quien esperas! ¿Cuál debe ser tu júbilo, tu fervor, tu amor al servicio de un Señor tan grande y tan tierno?

3.º *Embarazo de los Apóstoles sobre esta prohibicion...* «Y (ellos) «tuvieron la cosa en sí, investigando entre sí qué quisiese decir «cuando hubiese resucitado de entre los muertos...»

No era la prohibicion que les habia hecho Jesucristo de decir lo que habian visto lo que los embarazaba; era bien, sí, la permision que les daba de publicarlo despues que hubiese resucitado de la muerte... Á estas últimas palabras nada comprendian absolutamente; creian bien que Jesucristo restableceria el reino de Israel, que él seria su rey, que se haria reconocer por tal; pero no se imaginaban que esto pudiese ser despues de su muerte; y de hecho ninguno jamás ha formado un semejante proyecto de reinar. Sabian bien que todos los hombres debian resucitar á la fin del mundo; pero Jesús les hablaba de su resurreccion como de un suceso próximo, y á que debian ellos sobrevivir; y esto era para ellos un nuevo motivo de embarazo, y de nuevas cuestiones que no podian resolver... ¡Ah, qué ciegos somos en las obras de Dios, si no nos ilumina la fe! ¡Oh, y cuán elevados

¹ Joan. i, 14. — ² II Petr. i, 16, 18.

reson sobre nuestras débiles luces los caminos de Dios! No, no: la religion cristiana no es una invencion humana, no es un compuesto de doctas fábulas, estudiado y ordenado por el espíritu del hombre. Por todas partes se siente la majestad del Ser supremo, la sabiduría y la potencia de aquel que ha criado el mundo, regulado la duracion de los tiempos, y dispuesto de todos los acontecimientos, como de todas las partes del universo.

PUNTO II.

De la pregunta que hacen los Apóstoles á Jesucristo.

« Y le preguntaron diciendo: ¿ Por qué, pues, dicen los fariseos « y los escribas que debe venir primero Elías?... »

1.º *De su prudencia...* Las últimas palabras de Jesucristo eran la ocasion del embarazo de los Apóstoles, no entendiendo ellos lo que les decia de su resurreccion: con todo eso no le preguntan sobre esto. El respeto que le tienen los contiene. Él es su maestro, y él es el que ha hablado, él sabe hasta qué punto debe iluminarlos é instruirlos, y ellos no tienen por conveniente el preguntarle mas... Imitemos su prudencia cuando en la enseñanza de la Iglesia ó en el texto de los Libros santos se halla cualquiera oscuridad, cualquiera dificultad; es Dios nuestro Padre, es la Iglesia nuestra madre quien nos habla; escuchemos con docilidad y respeto. Tantas preguntas como tantos quieren acumular son por lo comun efecto de temeridad, de la presuncion, del orgullo, y tal vez tambien de la incredulidad y de la apostasia.

2.º *Del objeto de su pregunta...* El objeto fue la doctrina que enseñaban los fariseos y los escribas en orden á Elías. Estos falsos doctores, enemigos de Jesucristo y de su reino, abusaban de la profecía de Malaquías¹, en que Dios dice: « Mirad, que yo enviaré á vosotros al profeta Elías antes que venga el dia grande y tremendo del Señor... » Sobre que ellos decian: Elías no ha venido, no ha comparecido; Dios no lo ha enviado, por consiguiente aquel Cristo que vosotros escuchais y seguís no es el Mesías, bajo del cual debe venir el grande y terrible dia del Señor de que habla el Profeta... Nunca faltarán de estos falsos doctores que interpretarán la Escritura á su gusto, conforme á sus prevenciones, á su animosidad y á sus pasiones. Á Jesucristo toca darnos la inteligencia de las Escrituras; esto es, á su Iglesia, guiada siempre por el Espíritu Santo; es obliga-

¹ Malach. iv, 5.

cion nuestra consultarla y escucharla. Cuando esta ha hablado, ya no hay mas preguntas que hacer.

3.º *De la ocasion de esta pregunta...* Los Apóstoles la propusieron en estos términos... « ¿ Por qué, pues, los fariseos y los escribas dicen « que debe venir primero Elías?... » Esta pregunta podia tener relacion con la aparicion, poco antes hecha, de Elías; y en este sentido los Apóstoles habrian preguntado si esta aparicion era, por ventura, el cumplimiento de lo que decian los escribas, y de lo que habia dicho el Profeta. Ella podia tambien tener relacion con la prohibicion que se les habia hecho de hablar de la vision que habian visto; como si hubiesen dicho: si nos fuese licito hablar, podríamos responder á los fariseos que Elías ha venido, y que nosotros lo hemos visto; ¿ deberemos, pues, dejarles decir que Elías no ha venido, y no responderles? Finalmente podia tener relacion con el retiro de Elías, como si los Apóstoles hubiesen dicho: Elías se ha dejado ver solo por un instante; despues se ha desaparecido. ¿ Qué es lo que nosotros debemos pensar de lo que dicen los fariseos y los escribas? ¿ Se engañan estos, ó es cierto que volverá efectivamente Elías antes que Vos restablezcáis el reino de Israel?... Cuantas mas luces nos comunica Dios, tanto mayores dificultades encontramos, que somos incapaces de desatar. Podemos proponer nuestras dudas; pero con moderacion, sin pretender saberlo todo: con respeto y con humildad, y no para contradecir y disputar, y finalmente con prudencia enderezándonos solo á aquellos que Dios nos ha dado por maestros, aprobados por la Iglesia, y no á aquellos que esta condena y desecha.

PUNTO III.

De la respuesta de Jesucristo á los Apóstoles.

1.º *De la futura venida de Elías...* « Él les respondió, y dijo: Elías « en verdad ha de venir, y restablecerá todas las cosas... y como está « escrito del Hijo del hombre, debe padecer mucho, y será despreciado... »

Esto es, es verdad que Elías debe venir primero; que de él está escrito, que á su llegada trabajará para renovar en los hombres la primera inocencia, para llamar los hijos á la piedad de los padres, y para volver á poner en su vigor la práctica de la penitencia, de la fe y de todas las virtudes; pero no os imagineis que lo deba hacer sin ser despreciado de los hombres, sin sufrir muchos insultos, y sin estar expuesto á muchos malos tratamientos. Destinado á preparar los

caminos del Cristo, debe tener una suerte igual á la suya. Pero este Elías que debe venir antes que yo, y disponer los hijos de Israel al establecimiento de mi reino, este Elías ha venido en la persona de Juan Bautista... Hé aquí en qué consistía el error de los escribas: se atenían solamente á la letra, y entendían de la persona misma de Elías lo que se debía entender únicamente del espíritu y de la virtud de Elías... Sea como se fuese, hay mas de curiosidad que de provecho en indagar lo que sucederá al fin del mundo; por esto Jesucristo llama siempre el espíritu de los Apóstoles á los hechos presentes, á su muerte y á su pasión. Lo que aquí nos debe interesar mas es que Jesucristo ha padecido por nosotros; que aquellos que lo han anunciado, ó sea antes ó sea despues de su venida, todos han sufrido persecuciones; que si queremos vivir como verdaderos cristianos, debemos todos esperar persecuciones, sufrirlas como él y como las han sufrido los Profetas y los Apóstoles.

2.º *De la venida de Elías ya pasada...* «Pero yo os digo que Elías ya ha venido, y no lo han reconocido; sino que han hecho dél todo «cuanto han querido... conforme de él está escrito... y de la misma «manera harán ellos padecer al Hijo del hombre...»

El primer pecado de los escribas y fariseos fue no haber reconocido la venida de Elías en la persona de Juan. Los cegó su orgullo, sus celos, su odio contra Jesús. Es verdad que Juan, preguntado de su parte, respondió que él no era Elías; pero diciéndoles que él era la voz profetizada por Isaías, les decia lo bastante; y si hubieran tenido el corazón recto, habrían dado fe á aquel á quien Juan los enviaba, y habrían aprendido lo que debían pensar del mismo Juan... Su segundo delito fue el perseguir á Juan, el maltratarlo, el desterrarlo, y acaso también el manchar sus manos en la sentencia de su muerte... Su tercer delito, que dentro de poco debía poner el colmo á todos los otros, era la muerte del Mesías; á este punto llama siempre Jesús el espíritu de sus discípulos al tiempo de instruirlos... ¿No reconocemos, por ventura, en todo esto el delito del mundo, de que acaso también nosotros participamos?... Se forman muchos discursos sobre la Religión; pero al mismo tiempo no se reconocen los profetas que Dios nos envía para sostener esta misma Religión, para darla á conocer y hacerla practicar. No se consulta la Iglesia para distinguir los verdaderos de los falsos profetas; se consultan solamente las propias pasiones, los propios prejuicios; se ensalzan aquellos que nos dejan tranquilos en nuestros desórdenes y en nuestros errores; al contrario son aborrecidos, desacreditados y perseguidos

aquellos que con el espíritu de Juan y de Elías atemorizan y amenazan. Conducta que al fin acaba con hacer perder la fe y la Religión, con no conocer ya mas al Mesías ni á la Iglesia, con tener por buenas todas las religiones, y con no seguir alguna. ¡Oh ceguedad!

3.º *De la inteligencia de los discípulos...* «Entonces los discípulos «comprendieron que les habia hablado de Juan Bautista...» Debemos comprenderlo también nosotros, porque esta es la tercera vez que vemos citada la profecía de Malaquías, y siempre entendida de san Juan Bautista. La primera vez, por el ángel Gabriel hablando á Zacarías¹. La segunda, por Jesucristo mismo hablando al pueblo². La tercera, en este lugar por el mismo Jesucristo, en tiempo en que instruye á sus tres mas amados discípulos, escogidos entre sus Apóstoles para ser sus mas íntimos confidentes... La sabiduría de Dios ha puesto en su divina palabra una claridad bastante para guiar los corazones rectos, y una suficiente oscuridad para cegar los espíritus presuntuosos... No fijemos, pues, nuestro espíritu en investigar lo que sucederá en el último día del mundo y en la última venida del profeta Elías; nuestra mayor utilidad está en pensar seriamente en el último día de nuestra vida, que no está lejos, y aprovecharnos de las instrucciones que nos da Dios por medio de los profetas que nos envía, para prepararnos á este último día. Nuestro Elías y nuestro Juan Bautista es aquel celoso predicador, aquel iluminado director, aquel pastor vigilante, aquel libro instructivo y afectuoso: ¿cómo, pues, lo escuchamos nosotros? ¿Cómo nos aprovechamos de él?

Petición y coloquio.

■ Haced, ó Señor, que yo me aproveche de todas las gracias que sobre mí derrama vuestro amor: haced que todo se renueve y se vuelva á ordenar, si no en toda la tierra, á lo menos en mi corazón, para que Vos reineis en él en el tiempo y en la eternidad. Amen.

¹ Luc. I, 17. — ² Matth. XI, 14.